corriendo la tierra. Ordenó de quedarse él mismo en Mexico, con cuatro religiosos compañeros, y los otros doce repartió de cuatro en cuatro, por las ciudades de Tetzcuco, Tlaxcalla y Huexotzinco. Tenía en aquel tiempo la ciudad de Tetzcuco más de treinta mil vecinos que le habían quedado del estrago de la guerra, sin quince provincias que le eran sujetas. La ciudad de Tlaxcalla, con sus sujetos, eran más de doscientos mil, y la de Huexotzinco ochenta mil. Y habiéndose comunicado entre todos el modo cómo se habían de haber con los indios y la manera que habían de tener para atraerlos y doctrinarlos. Los que habían de ir fuera de Mexico tomaron la bendición de su prelado y abrazándose los unos a los otros (como los que se despiden para la muerte) con lágrimas se despidieron, encomendándose mucho a Nuestro Señor y tomaron el camino que habían de llevar.

CAPÍTULO XIII. *Del modo que tuvieron estos ministros evangélicos para enseñar a los niños, hijos de los señores y hombres principales y otros niños*

L PADRE FRAY MARTÍN DE VALENCIA CON SUS compañeros en Mexico y los demás religiosos en las provincias y pueblos que les cupieron por suerte y repartimiento, cuanto a lo primero, habiendo tomado su asiento en los sitios que más cómodos les parecieron, hicieron sus conventos y dieron orden con los señores e indios principales cómo junto a los mismos monasterios edificasen otros aposentos bajos en que hubiese una grande sala donde los niños, que pensaban enseñar, se recogiesen para que en ella fuesen instruidos y durmiesen; y junto a esta grande sala, se hicieron otras pequeñas para lo que les fuese necesario de su servicio que en conclusión era una manera de colegio, como entre nosotros lo usamos; y todo esto se hizo con mucha brevedad por causa de ser en aquella sazón la gente mucha, y los señores y principales tenían muy en la memoria lo que el gobernador don Fernando Cortés (a quien no osaban desagradar) les tenía mandado que obedeciesen aquellos sacerdotes y siervos de Dios en todo lo que les dijesen como a su propria persona.

Hechas estas casas y salas, que por la mayor parte están dentro de los patios de los conventos, mandaron a los señores y principales que les trajesen a sus hijos para recogerlos en aquellas salas y escuelas, para enseñarlos en la fe cristiana; los cuales por no ir contra el mandamiento del capitán (como hemos dicho) los trajeron, y muchos dellos (o por ventura la mayor parte) más por cumplimiento que de gana. Y esto se vio bien claro, porque algunos no sabiendo en lo que habían de parar las cosas, porque los corazones de los indios aún no estaban pacíficos, ni los españoles seguros ni sosegados, en lugar de traer a sus hijos trajeron otros mozuelos, hijos de sus criados o vasallos. Y quiso Dios que queriendo engañar, quedaron ellos engañados y burlados; porque aquellos hijos de gente plebeya y co-

mún, siendo allí doctrinados, enseñados en la ley de Dios, y en saber leer y escribir, salieron hombres hábiles y vinieron después a mandar las repúblicas y a sus amos a las vueltas de los otros. Y pudo ser que lo ordenase Dios así, para que cesase de todo punto el señorío que tan tiránica y cruelmente tenían en los maceguales y vasallos.

Destos niños así recogidos se encerraban en aquel colegio o escuela, según lo más o menos de la gente, seiscientos, ochocientos y mil muchachos; y tenían por guardias unos viejos ancianos que miraban por ellos, y les daban de comer lo que les traían sus madres y la ropa limpia y otras cosillas que habían menester, que para lo demás no tenían necesidad de guardas, porque en todo el día no se apartaban dellos algunos de los religiosos trocándose a veces, o se estaban allí todos juntos y esto era lo ordinario; porque allí delante de los niños rezaban el oficio divino, teniendo puestas algunas imagenes de Cristo nuestro redemptor y de su santísima madre en la cabecera de la sala. Y allí se ponían en oración, a veces en pie y a veces de rodillas y a veces puestos los brazos en cruz, dando ejemplo a aquellas inocentes criaturas, y enseñándolos primero por obra que por palabra en lo tocante al culto divino y devoción y reverencia con que hemos de buscar a Dios. También allí iban a rezar sus maitines a media noche y hacían su disciplina. Y enseñaban a los niños a estar en oración y les industriaban en el estilo que en ella habían de tener y guardar.

El que considerase estas cosas referidas verá que proprias son del oficio de un maestro y padre, tomadas de aquel maestro universal del mundo Cristo nuestro señor, del cual dice la Sagrada Escritura que obró en sí mismo todo aquello que enseñó a otros, y la doctrina que predicó puso por obra. Porque si enseñó a orar, cuando preguntándole los discípulos cómo orarían, les dijo: Cuando oráredes decid: *Padre nuestro que estás en los cielos, &c.*, también vieron en él que oró a su padre eterno, estando en vela una noche. Si les dice que perdonen enemigos, él lo pone por obra, perdonando a los que le crucifican y matan. Y desta manera va discurriendo y procediendo en todas las otras cosas de su vida y conversación santa; y es lo mismo que ha de hacer el que enseña a otros; porque parlarlo y no obrarlo es lo mismo que dice San Pablo[1] de la campana que tiene buen sonido, pero no para sí, sino para otros; y en otra parte se ríe y mofa del que clama y da voces porque no hurten y él es el ladrón famoso, y del que alaba mucho la virtud de la limpieza y castidad y él no la tiene. Y estos tales no sólo no consiguen la enseñanza que pretenden, pero hacen peores a los discípulos que enseñan. Porque no es posible que introduzcan en otros las costumbres que ellos no tienen, ni estampen en corazones ajenos lo que es tan ajeno de sus corazones. Y el niño no sólo oye lo que dicen, sino hace lo que ve hacer al padre; que aunque en la escuela se le enseña la doctrina cristiana, óyela allí, pero viniendo a su casa se ocupa en los juegos o desconciertos que aprende de su padre o madre; porque la fruta de un árbol muestra la raíz que tiene y de las raíces se conservan y fruti-

[1] Ad Rom. 2.

fican los árboles, y si son buenas las raíces las ramas lo han de ser, y sus frutos también; así lo dice San Pablo:[2] *Raíz santa, echa ramos santos.* Esto dice de los patriarcas del Viejo Testamento, que siendo buenos, engendraron hijos que pudieron serlo a su imitación y ejemplo. De manera que el ejemplo en todas las cosas hace buenos o malos a los que los ven y tienen inclinación a ellos. Por esto vivían su vida los ministros apostólicos, en la compañía de estos muchachos y niños, para que como ramas que pretendían ingerir en el árbol santo (que es Jesucristo nuestro señor) viesen que por aquel modo que ellos seguían habían de hacer este injerto. Por esto se azotaban delante dellos, oraban, lloraban, se ponían en cruz y vivían pobre y desarrapadamente.

Y como la caridad (como dice el apóstol) no busca su provecho y proprio interés, sino que es amiga del bien ajeno, estos evangélicos predicadores, que tanta tenían en sus almas, no la sufrían en su reposo y quietud, sino que la ejercitaban con sus hijos espirituales. Porque después que llegaron a tener noticia de su lengua y la comenzaron a hablar con libertad y desenvoltura, ya no dormían después de maitines, sino que en acabando de tener su oración (dejando a Dios por Dios) se ocupaban en enseñar a los indios hasta hora de misa, y después de misa hasta hora de comer. Después de comer descansaban un poco y luego volvían a la escuela hasta la tarde; cuidando de estas nuevas plantas que ya Dios comenzaba a tener en este Nuevo Mundo y regándolas con las aguas de la doctrina evangélica, como dice San Pablo de los corintios,[3] para que Dios fuera engendrando en sus almas el aumento de su gracia y virtud divina. Lo primero que en estas escuelas les comenzaron a enseñar fue lo que al principio se enseña a los hijos de los cristianos (conviene a saber) el signarse y santiguarse, rezar el *Pater noster,* el *Ave Maria, Credo* y *Salve Regina,* todo esto en latín (por no saber los religiosos su lengua, ni tener intérpretes que lo tradujesen y volviesen en ella), lo demás que podían por señas, como mudos, se lo daban a entender, y después que supieron lengua por palabras, como decir que había un solo Dios y no muchos, como los que sus padres adoraban; que aquéllos eran malos y enemigos que engañaban a los hombres; que había cielo allá en lo alto, lugar de gloria y bienaventuranza donde nuestro Dios y criador estaba, y a donde iban a gozar de sus riquezas y regalos los que acá en el mundo lo confesaban y servían; y que había infierno, lugar de fuego y de infinitas penas y tormentos increíbles, y morada de aquellos que sus padres tenían por dioses, donde iban los que en este siglo los adoraban y obedecían; y ellos mismos, en pago de sus servicios, los atormentaban; que aquella imagen que veían de aquel hombre crucificado, era imagen de nuestro Dios, no en cuanto Dios (que no se puede pintar con delineación humana, por ser puro espíritu) sino en cuanto hombre, que quiso serlo por redimir a los hombres que le creyesen y obedeciesen y librarlos de las penas del infierno y darles gloria para siempre, muriendo por ellos en una cruz; y que la imagen de mujer que allí veían era figura

[2] Ad. Rom. 11.
[3] 1. Ad Cor. 3.

de la madre de Dios, llamada María, de quien quiso tomar nuestra humanidad; y como tal madre suya quería que fuese honrada y reverenciada y que la tuviésemos por nuestra abogada y medianera, para alcanzar de Dios lo que nos conviniese y él quisiese concedernos y darnos. Y juntamente los enseñaban a leer y escribir (como hemos dicho) y sobre todo su doctrina era más de obra que de palabra.

Muchas de las cosas que aquí se expresan creían estos indios idólatras en su gentilidad, que fue causa de que a los principios, en las primeras pláticas que nuestros sacerdotes tuvieron con los sacerdotes de los ídolos, no hiciesen mucha repugnancia; antes, dándolas por concedidas, se vencieron de la ley que se les promulgaba; y con esto queda respondido a los que han querido argüir a estas gentes que son muy fáciles y lo fueron siempre para recibir cualquier ley que se les enseñase, viendo la poca repugnancia que a los principios hicieron en resistir lo que se les proponía, contrario a lo que ellos creían y enseñaban; como lo han hecho todas las demás naciones del mundo, en cuya defensa hacían guerra los gentiles a los cristianos, y hubo tantos mártires que fertilizaron con el riego de su sangre este jardín de la iglesia que comenzó Cristo nuestro señor a plantar en su muerte y pasión.

Esto probamos porque (como en los libros de los ritos hemos visto) estos idólatras no negaban haber Dios, que le llamaban Ypalnemoaloni, que quiere decir, señor por quien se vive y hay ser en él de naturaleza; que es propísimo de Dios, el cual es vida por esencia; pero en lo que erraban era en partir esta divinidad y atribuirla a muchos dioses; pero en realidad de verdad reconocían un Dios supremo a quien todos los demás eran inferiores. Pero como les faltaba la fe, por sus grandes pecados, incurrieron en este error como las demás naciones que lo han tenido. Y este Dios que ellos creían tener otros compañeros parciales en su divinidad, creyeron en su conversión no serlo, sino sólo cuando vieron que conformaba con la razón natural no ser necesarios muchos dioses, donde uno solo bastaba para todas aquellas cosas que ellos creían estar concedidas a muchos.

Sabían que muchos destos que adoraban por dioses eran malos y enemigos de los hombres que les hacían contradición. Y así sucedía que cuando los invocaban en algunas necesidades y no les acudían o les salían aviesas sus peticiones, los deshonraban y decían que eran bujarrones y putos, y los denostaban con otras muchas palabras afrentosas. Y éstos son los demonios que hacen contradición al hombre en todo cuanto pueden; y cuando lo oyeron de la boca de los ministros evangélicos lo creyeron, porque vieron por los efectos que hacían no ser dioses sino enemigos, y que no podían aquellas cosas que prometían, y que engañaban a los hombres, mintiéndoles en todo, cosa ajena de Dios verdadero, porque en Dios ni cabe mentira ni engaño.

Conocían que había cielo, pues lo llamaban ilhuicatl, agua de las fiestas. Que sea agua, la misma Sagrada Escritura le da este nombre a uno de los cielos, pues lo llama aqueo. Que sea lugar de fiestas y regocijos el cielo, díganlo todos los que creen, de fe cierta y verdadera, pues saben que en

aquel lugar está Dios presencialmente, gozando de su misma gloria y comunicándola a los bienaventurados que merecen su asistencia. Y sabían que muchas de las ánimas de los difuntos iban al cielo, aunque erraban en en creer que iban allá las de sus idólatras, pues no entra en este cuento, si no es el que conoce a Dios con las condiciones que su santo conocimiento pide, según que a los hombres les conviene para gozarle; muchas de las cuales les faltaban a estos ciegos hombres; pero luego que oyeron decir que era lugar de fiestas y holganza, para los que servían a Dios en la ley evangélica, dejaron el error contrario y creyeron que aquel lugar de bienaventuranza no lo merecían en cuanto idólatras, sino en cuanto cristianos que abrazaban la ley de Jesucristo.

También creían que había infierno, al cual llamaban mictlan, que quiere decir lugar de muerte. Porque decían que allí eran atormentados los malos; y decían verdad, que aquélla es la verdadera muerte, pues allí están sus asistentes muertos en la gracia de Dios y padeciendo condenación y tormento eterno, al cual llamaban por otro nombre Atlecalocan, Apochquiahuayocan, que quiere decir el primer nombre, aposento o casa sin respiradero, y el segundo sala o pieza sin chimenea. Dando a entender en esto la aflicción y espanto de aquel lugar, donde iban a padecer los condenados. Y como les dijeron que había infierno y ellos no lo negaban creyeron fácilmente lo que del infierno les dijeron. Ellos también tenían imágenes de su dios principal Huitzilopuchtli, y así creyeron con facilidad la imagen del crucifijo y ser memoria de el crucificado aquella que veían pintada. Ellos también creían que Huitzilopuchtli tenía madre; y así les fue muy fácil de persuadir que Cristo nuestro señor la tuviese en la tierra. Pero en lo que trabajaron fue en trocar el modo de su creencia, extirpando de sus corazones los errores que en contrario tenían y las mentiras y ficciones con que el demonio los traía embaucados, y les dieron a entender cómo Jesucristo, en cuanto Dios, no es mortal y que para morir fue necesario hacerse hombre; porque después del pecado del primer hombre quedó la naturaleza humana mortal y pasible y en ella había de morir el que muriese y así la tomó para morir y salvar al hombre y librarle de la muerte eterna a que estaban condenados por los pecados que cometían. Éstas y todas las otras cosas concernientes a éstas, y que son de necesidad para cualquier cristiano, las enseñaron esos siervos de Dios en los principios de su predicación y en el discurso de su enseñanza y doctrina.

Éstas cosas que predicaban a los principios estos benditos religiosos, era con mudez y solas señas, señalando al cielo y diciendo estar allí el solo Dios que habían de creer; y volviendo los ojos a la tierra señalaban el infierno donde a semejanza de los sapos y culebras que andan por ella estaban los demonios atormentando a los condenados. Y en aquellos principios predicaban sin saber decir más que esto por las plazas y a donde había junta y congregación de gente. En una de éstas aconteció que uno destos fervorosos ministros, que era viejo, cano y calvo, estaba en la fuerza del sol de mediodía, con celo de caridad, enseñando al pueblo con grandes voces; y como los indios no los entendían y vieron algunos dellos juntos,

dijeron los principales que presentes se hallaron ¿qué han estos pobres miserables, que tantas voces están dando? Sépase dellos si tienen hambre, o deben de ser enfermos, o están locos, dejadlos vocear que les debe haber tomado su mal de locura, pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al fin y al cabo habrán de venir a morir de ello. Y mirad si habéis notado cómo a mediodía y a media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran; sin duda es grande su mal porque no buscan placer sino tristeza. Pero aunque decían esto de este venerable religioso y de todos los demás, por no entenderlos, al fin tocaba Dios los corazones de muchos que se convertían y recibían el agua del baptismo.

CAPÍTULO XIV. *Del grande trabajo que estos apostólicos padres pasaron a los principios, por no saber la lengua de los indios, y de los medios que tomaron para aprenderla; y del modo que tuvieron de enseñar la doctrina*

EMÁS DEL EJERCICIO EN QUE ESTOS CUIDADOSOS religiosos se ocupaban, de enseñar a los niños en las escuelas, porque también los adultos comenzasen a tomar de coro los primeros rudimentos de la cristiandad, hicieron con los principales que por sus barrios o parroquias viniesen y se juntasen hombres y mujeres en patios grandes que tenían junto a las casas donde se habían aposentado. Y así lo cumplían porque, en cuanto a lo que era exterior, no querían desagradar al gobernador Cortés, faltando en lo que les tenía mandado. Pero como carecían de lenguaje, hacíanles decir las oraciones en latín, respondiendo a los que se las enseñaban que eran a veces los mismos religiosos, y a veces los niños, sus discípulos, que luego, con mucha facilidad, las aprendieron (como vivos que son de ingenio y hábiles para cualquier cosa que les muestran y enseñan).

Era esta doctrina de muy poco fruto, pues ni los indios entendían lo que se les decía en latín, ni cesaban sus idolatrías, ni podían los frailes reprehendérselas, ni poner los medios que convenían para quitárselas, por no saber su lengua. Esto les tenía muy desconsolados y afligidos en aquellos principios, y no sabían que hacerse. Porque aunque deseaban y procuraban de aprender la lengua, no había quien se la enseñase; y los indios, con la mucha reverencia que les tenían, no les osaban hablar palabra (que esto mismo acostumbraban con los sátrapas infernales de sus delubros o templos).

En esta necesidad (así como solían en las demás) aducieron a la fuente de bondad y misericordia, nuestro señor Dios, aumentando la oración, e interponiendo ayunos y sufragios, invocando la intercesión de la sagrada virgen madre de Dios y de los santos ángeles, cuyos muy devotos eran, y la de nuestro padre San Francisco; y para conseguir su intento tomaron por devoto especial al gloriosísimo arcángel San Miguel, al cual cantaban